

2001, pp. 197-214

## El “Choque de civilizaciones” en la concepción Braudeliana de la historia

JUAN RAMÓN GOBERNA FALQUE\*

Samuel P. Huntington publicó en el verano de 1993 un artículo titulado “The Clash of Civilizations”<sup>1</sup> que provocó un revuelo parecido al que produjera Francis Fukuyama con su tesis sobre el fin de la historia. Mientras Fukuyama trataba de encerrar la historia en un ciclo que concluía con la caída del comunismo en un mundo que sólo es mercado, Huntington quiso poco después ordenar el caos del *nuevo orden mundial* buscando en un concepto clásico del discurso histórico, el de *civilización*, una clave explicativa. Sin embargo, cuando quiso explicar qué entendía él por *civilización*, volvió a reunir en su definición<sup>2</sup>, que sigue cargada de juicios de valor, la misma ambigüedad e idéntica vaguedad que han caracterizado siempre a este concepto<sup>3</sup>.

\* Instituto de Estudios Gallegos “Padre Sarmiento”(CSIC — Santiago de Compostela)

<sup>1</sup> Samuel P. Huntington, “The Clash of Civilizations”, *Foreign Affairs*, vol. 72, nº 3 (Summer), 1993, pp. 22-49. Poco después, Huntington publicó sus reflexiones en un libro homónimo traducido al español bajo el título *El Choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.

<sup>2</sup> “¿Qué queremos decir cuando hablamos de una *civilización*? Una *civilización* es una entidad cultural. Pueblos, regiones, grupos étnicos, nacionalidades, grupos religiosos, todos tienen distintivos culturales y diferentes niveles de heterogeneidad cultural. La cultura de un pueblo en el sur de Italia puede ser diferente de la de un pueblo del Norte de Italia, pero ambos compartirán la cultura italiana que las distingue de la de los pueblos alemanes. A su vez, compartirán características culturales que las distingue de las comunidades árabe o china. Árabes, chinos y occidentales, sin embargo, no forman parte de ninguna entidad cultural general. Constituyen *civilizaciones*” (*op. cit.*, p. 23).

Más adelante, Huntington amplía su definición de “civilización”: “una civilización es así el mayor grupo cultural de pueblos y el nivel más amplio de identidad cultural popular que tiene todo excepto eso que distingue a los humanos de otras especies. Ambos son definidos por elementos objetivos comunes, como el lenguaje, historia, religión, costumbres, instituciones, y por la subjetiva autoidentificación del pueblo. El pueblo tiene niveles de identidad: un residente de Roma se definiría a sí mismo con diferentes grados de intensidad como un romano, un italiano, un católico, un cristiano, un europeo, un occidental. La civilización a la cual él pertenece es el más amplio nivel de identificación con el cual él se identifica más intensamente. Un pueblo puede y de hecho redefine sus identidades y, como resultado, la composición y las fronteras de cambio de las civilizaciones” (*op. cit.*, p. 24).

<sup>3</sup> Cf. Juan R. Goberna Falque, *Civilización. Historia de una idea*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade, 1999, *passim*.

Para Huntington conviven hoy, en creciente conflicto, las *civilizaciones* "occidental, islámica, eslavo-ortodoxa, hindú, confuciana, japonesa, latinoamericana y tal vez africana"<sup>4</sup>. En todo caso, si comenzamos este estudio con las tesis de Huntington es simplemente para demostrar que el concepto de "choque de civilizaciones" y su relación con las sucesivas reconfiguraciones históricas del equilibrio en el mundo no es en absoluto original, y la prueba de ello es que mucho antes que él ya Fernand Braudel lo había utilizado, muy a menudo además, como clave explicativa en su concepción de la Historia universal. Huntington, en realidad, no hizo otra cosa que inspirarse en Arnold Toynbee y en Fernand Braudel para utilizar el concepto de *civilizaciones*, aunque sin duda pretendió resumirlas en este momento histórico con una objetividad todavía más dudosa que en esos historiadores.

## 1. El fracaso regular del recubrimiento de civilizaciones

A lo largo de su obra, Fernand Braudel dedica una especial atención a las civilizaciones en relaciones pacíficas y con libertad de elección. Sin embargo, por lo general, estas relaciones han sido casi siempre violentas:

"Éxitos como la romanización de las Galias y de una gran parte del Occidente europeo conquistado sólo se pueden explicar por la larga duración de la misma y también porque, a pesar de todo lo que se ha dicho, los pueblos romanizados tenían, en un primer momento, un bajo nivel de vida, una gran admiración por el vencedor, y, en suma, fueron, en cierta manera, cómplices de la romanización"<sup>5</sup>.

Pero estos éxitos serían raros, excepcionales. En los casos de contactos violentos, los fracasos habrían sido mucho más frecuentes que los éxitos. Los vencidos cederían siempre ante el más fuerte, pero su sumisión, desde el momento en que hay conflicto entre civilizaciones, sería sólo provisional, y, aunque estos largos períodos de coexistencia forzosa darían lugar a ciertas concesiones, ciertos acuerdos, ciertos empréstitos culturales importantes y a veces fructíferos, nunca superarían ciertos límites.

Es regla general, por tanto, que las civilizaciones compitan entre ellas, venzan unas y sean derrotadas las demás. Las civilizaciones habrían triunfado sobre las "culturas", sobre los pueblos primitivos, y habrían vencido también en el espacio vacío. La colonización del Africa negra por las potencias europeas en el siglo XIX, o la conquista de México y de Perú por los españoles demostrarían que "aquellas frágiles civilizaciones, culturas en realidad, se derrumbaron ante tan sólo unos cuantos hombres. Pero en la actualidad estos países vuelven a ser de nuevo indios o africanos"<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 25.

<sup>5</sup> F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, Madrid, Tecnos, 1983 (París, 1963), p. 40.

<sup>6</sup> F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1984 (París, 1979), I, p. 73.

Tenemos, por tanto, que una *cultura*, desde esta perspectiva braudeliana, sería una civilización que todavía no ha alcanzado su madurez, su óptimo, ni asegurado su crecimiento. Mientras tanto, y la espera puede ser larga, las civilizaciones vecinas la explotan de mil maneras. El comercio de las costas del golfo de Guinea, a partir del siglo XVI, sería el ejemplo típico de las explotaciones económicas de las que está llena la historia. “Del mercado a la colonia no hay más que un paso, y basta con que el explotado utilice sus artimañas o se revele para que la conquista no se haga esperar”<sup>7</sup>. Pero para Braudel queda claro que las culturas, las “civilizaciones a medias”<sup>8</sup>, no son adversarios despreciables. Se les aparta, pero reaparecen, se empeñan en sobrevivir y probablemente, al final, lograrán recuperar sus señas de identidad.

¿Qué ocurre cuando se produce el choque de civilizaciones contra civilizaciones? Algo parecido al contacto entre culturas y civilizaciones. Una civilización puede triunfar sobre otra: la tragedia de la India, después de la victoria inglesa de Plassey en 1757 parecía el principio de una nueva era para Inglaterra y el mundo entero. Sin embargo, frente a estos hechos, y retrospectivamente, a los ojos de los hombres de hoy, las subordinaciones tumultuosas de unas civilizaciones a otras cobran en Braudel el aspecto de episodios, cualquiera que sea su duración. Tardan más o menos en instalarse, pero, un buen día, se derrumban. “Lo asombroso es que una civilización se reencuentre a sí misma, intacta, después de un encarcelamiento multiseccular, un poco como si no hubiera pasado nada”<sup>9</sup>.

Un ejemplo:

“Vivir era, para el pueblo búlgaro, someterse a estas invasiones. Y, sin embargo, ¿el búlgaro no ha sabido conservar lo esencial, puesto que ha seguido siendo él mismo? Por mucho que haya tomado de ella durante esta larga convivencia, ha llegado a disolverse, sin embargo, en la masa turca y ha sabido salvaguardar cabalmente lo que le preservaba de esta disolución: su religión y su lengua, prendas de su resurrección en el futuro. Aferrado a su suelo, defendió y conservó estos bienes tenazmente (...). Y, al desaparecer el turco, ¿el búlgaro no siguió siendo búlgaro, es decir, el mismo campesino que, cinco siglos antes, hablaba la misma lengua, oraba en las mismas iglesias y cultivaba las mismas tierras, bajo el mismo cielo?”<sup>10</sup>.

¿A qué puede deberse esta dinámica? Lo explica Braudel en clave económica:

“Todo este destino simplificado, desde esta perspectiva, no lo condiciona únicamente el número, simple juego de fuerzas, de diferencias de voltaje, o de pesos brutos. Pero el número tuvo mucha importancia durante siglos. No lo olvidemos. La vida material encuentra en él una de sus habituales explicaciones,

<sup>7</sup> *Op. cit.*, I, p. 74.

<sup>8</sup> Expresión braudeliana cargada de evolucionismo y de juicios de valor, de los que es incapaz de liberarse. En *Civilización material...*, *op. cit.*, I, p. 74.

<sup>9</sup> F. Braudel, *El Mediterráneo. La historia y el espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (París, 1985) p. 153.

<sup>10</sup> F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (París, 2ª ed., 1966), II, p. 174.

dicho más exactamente una de sus constricciones y una de sus constantes. Si se deja la guerra al margen, todo un paisaje social, político, cultural (religioso) se borra inmediatamente. Y los mismos intercambios pierden su sentido, ya que son a menudo intercambios desiguales. Europa resulta incomprensible sin sus esclavos y sus economías subordinadas. Lo mismo pasa con China, si no se evocan en ella las culturas salvajes que la contradicen, y a lo lejos los países que viven, subyugados, en su órbita. Todo ello tiene un peso en la balanza de la vida material"<sup>11</sup>.

Por tanto, aunque Braudel está abierto a otro tipo de explicaciones (la política, la sociedad, la cultura o la civilización), en último caso, la explicación económica es la privilegiada en sus análisis históricos.

En un famoso capítulo titulado "La guerra y las civilizaciones", Braudel expone de modo sintético un modelo de explicación de la guerra en general. Según Braudel, todas las naciones experimentan estos conflictos, pero habría que distinguir entre guerras internas y guerra externas:

"Si pensamos en términos de civilizaciones, personajes principales de los conflictos mediterráneos, habremos de hacer una distinción entre *guerras domésticas* de una determinada civilización y *guerras externas*, entre dos mundos mutuamente hostiles"<sup>12</sup>.

Dicho con otras palabras: distinguir entre, por una parte, las Cruzadas o *Djihad*s, y los conflictos internos de la Cristiandad o del Islam, por otra, pues estas grandes civilizaciones se consumen por dentro en interminables guerras civiles, fratricidas, luchas entre el protestante y el católico, entre el sunnita y el chiíta, etc. etc.

Estas distinciones nos proporcionan una delimitación geográfica regular, ya que Cristiandad e Islam corresponden a espacios determinados, con fronteras conocidas, sean continentales o líquidas. Pero es que, además, también nos ofrecen una interesante cronología: se observa que a una época de guerras *externas* le sigue otra de guerras *internas*. No existiría una clara línea divisoria, pero sería fácil, en cambio, observar la transición y ésta le brinda a Braudel una nueva perspectiva en medio de un confuso período de la historia. Por el lado cristiano la Cruzada, es decir la guerra exterior, será la fuerza dominante hasta más o menos 1575. A partir de entonces lo que le preocuparía sería la lucha contra el Norte protestante. De manera que, en un determinado momento, cristianos y musulmanes se habrían enfrentado en forma de *Djihad* y *Cruzada*, pero luego se vuelven la espalda para dedicarse a descubrir conflictos internos.

"Pero esa álgebra de las pasiones confluyentes era también (...) una consecuencia de las lentas pulsaciones de la coyuntura material, idéntica a lo largo y a lo ancho de todo ese mundo conocido que, en el siglo XVI, ha inaugurado su existencia como una unidad"<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> F. Braudel, *Civilización material...*, op. cit., I, p. 74.

<sup>12</sup> F. Braudel, *El Mediterráneo...*, op. cit., II, p. 254.

<sup>13</sup> Op. cit., II, p. 257.

Es decir, se podría afirmar que tanto la *Djihad* como la *Cruzada* se ven invariablemente favorecidas por el mal tiempo económico. Y al contrario, las guerras fratricidas entre cristianos o entre musulmanes van siempre precedidas por una economía en marea ascendente, y se ven automáticamente suspendidas en cuanto ésta inicia el reflujó. La explicación económica, una vez más, aparece privilegiada.

Pero pasemos ahora a los análisis concretos de Braudel por lo que se refiere al choque de civilizaciones: el Islam morisco, los judíos en España, y, por último, el choque de la colonización europea. Todos, con una característica común: la justificación histórica, por parte de Braudel, de las injusticias provocadas por estos choques apelando a una oscura, inconsciente, lógica de la violencia de las civilizaciones en su larga vida, contra la que el hombre, el hombre de Braudel, no puede luchar, declarándolo de esta manera "inocente".

### 1.1. El Islam morisco

La cuestión que se plantea Braudel no es "la consideración de si España ha hecho bien o mal privándose de su laboriosa y prolífica población morisca, sino la de descubrir por qué lo ha hecho"<sup>14</sup>. En primer lugar, España se habría decidido por la expulsión de los descendientes de los musulmanes (convertidos al cristianismo en 1501, en Castilla, y en 1526, en la Corona de Aragón) porque el morisco resultaba inasimilable. A España no le habría movido el odio racial al tomar su actitud, y de hecho, a su parecer, el odio racial habría estado casi del todo ausente del conflicto. Braudel prefiere hablar de "odio religioso y cultural"<sup>15</sup>. Y la explosión de este odio, es decir, la expulsión, sería su confesión de impotencia: la prueba de que el morisco, después de uno, dos o tres siglos, según los casos, continuaba siendo el moro de siempre, con sus vestidos, su religión, su lengua, sus casas enclaustradas y sus baños moros. Lo había conservado todo; había rechazado la civilización occidental, y éste era su delito principal.

Algunas espectaculares excepciones no pueden alterar el cuadro general. "En España se sabía muy bien que el corazón del morisco pertenecía a un inmenso universo que se extendía hasta la remota Persia, un universo poblado de casas iguales, donde imperaban costumbres análogas y creencias idénticas"<sup>16</sup>. No cabe duda, según Braudel, de que los moriscos seguían siendo, desde el punto de vista religioso y cultural, verdaderos mahometanos. No se trataba de destruir una raza aborrecida, pero parecía imposible conservar, en el mismo corazón de España, un irreductible núcleo del Islam. No habría, pues, más camino que arrancarlo de cuajo, suprimiendo el soporte mismo de toda civilización: la materia humana. Y esa es la solución que acabará por imponerse: la expulsión.

Pero la cuestión morisca no sería, en realidad, más que un episodio de un conflicto mucho más amplio. Escribe Braudel:

---

<sup>14</sup> *Op. cit.*, II, p. 192.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*

“el gran debate del Mediterráneo se ha ventilado siempre entre el Oriente y el Occidente, en esa eterna “cuestión de Oriente” [que] es, en lo sustancial, un conflicto cultural, sin cesar reavivado al calor de las ventajas que alternativamente obtienen uno u otro contendiente. Las cartas buenas pasan de una a otra mano, y según quien sea el ganador, se abren paso importantes corrientes culturales más ricas o más pobres, de Occidente a Oriente, o a la inversa”<sup>17</sup>.

La historia de la lucha por la supremacía seguiría, según Braudel, el siguiente desarrollo<sup>18</sup>. El Oriente dominó hasta el siglo VI a. C. Después, se establece cierto equilibrio. El primer desplazamiento en favor del Occidente es obra de Alejandro de Macedonia: el helenismo representa la primera “europeización” del Cercano Oriente y de Egipto, llamada a perdurar hasta la época bizantina. Con el fin del Imperio romano y de las grandes invasiones del siglo V, el Occidente y la herencia de la Antigüedad se derrumban, y es el Oriente bizantino y musulmán el que conserva y recoge sus riquezas, proyectándolas durante siglos hacia el Occidente bárbaro. Toda la Edad Media está iluminada por el Oriente, antes de las Cruzadas y durante y después de ellas. Pero, a partir de la época de las Cruzadas, se perfila ya un gran viraje. El cristiano se ha apoderado del mar. Le pertenecen, a partir de ahora, la superioridad y las riquezas que el dominio de las rutas y del tráfico lleva consigo. El viraje se acentúa con el siglo XV y se hace ostensible en el XVI. El mundo de Oriente “se ha abierto”. El Occidente invade, en estos siglos, el Oriente, invasión que entraña los elementos de una verdadera dominación.

“Poner esto de manifiesto no significa, por lo demás, en modo alguno, emitir un juicio valorativo sobre las dos civilizaciones que se enfrentan, sino simplemente registrar la alternativa. Favorece al Occidente, cuya civilización, más vigorosa por el momento, pone bajo su dependencia a la del Islam”<sup>19</sup>.

Y es que, en el siglo XVI, llegó el momento en que ni siquiera las aportaciones recibidas de fuera bastaban para mantener a flote el mundo turco. Desde fines del siglo XVI hace agua y amenaza con irse a pique. Hasta entonces, la guerra le había ayudado en gran medida a obtener los bienes que necesitaba: los hombres, las técnicas o los productos de éstas, y a apoderarse por tierra, por el mar, o a lo largo de la zona ruso-polaco-húngara, de jugosos bocados de la Cristiandad. Esboza por tanto Braudel, como luego hará S. P. Huntington, una teoría en la que se presenta a guerra como “equilibradora de civilizaciones”. Pero a partir del año 1574, esta guerra, en el Mediterráneo, conduce a un callejón sin salida. “E inmediatamente se manifiesta una inferioridad, que no tardará en acentuarse”<sup>20</sup>.

## 1.2. La expulsión de los judíos de la Península Ibérica

Existe indudablemente, a juicio de Braudel, una civilización judía, tan particular que no siempre se le reconoce su carácter de civilización auténtica. Y sin embar-

<sup>17</sup> *Op. cit.*, II, p. 194.

<sup>18</sup> *Cf. El Mediterráneo...*, *op. cit.*, II, pp. 194-196.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, II, p. 196.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, II, p. 200.

go, habría sido capaz a lo largo de su historia de irradiar su influencia y transmitir una serie de valores culturales, aceptando unas veces valores ajenos, y rechazándolos otras. Por otra parte, Braudel también reconoce que es cierto que la civilización judía no echa raíces, o más bien las echa mal: escapa a los imperativos geográficos estables, y sin embargo, ése sería su rasgo más original, aunque no el único. No habría duda, por tanto, de que se trata de una civilización.

La materia que compone esta civilización aparece dispersa en medio de otras civilizaciones; nunca se mezcla, aunque siempre depende de ellas, de suerte que sus movimientos son siempre comunes, y, en consecuencia, funcionan como indicadores de excepcional sensibilidad:

“Es esencial aceptar, por tanto, que existen civilizaciones del tipo de la diáspora, con una infinidad de islas perdidas en medio de aguas extrañas, civilizaciones más numerosas de lo que se podría suponer a primera vista: por ejemplo, las comunidades cristianas de África del Norte (...), esas colonias europeas en los países del Tercer Mundo (...), los moriscos”<sup>21</sup>.

Pero, incluso cuando el número es insuficiente para jugar a su favor o exagerar su presencia, estas células elementales estarían vinculadas entre sí por educación, creencias, incesantes y regulares viajes de los mercaderes, rabinos y mendigos; vinculadas también por el ininterrumpido cartero comercial, amistoso o familiar y por los libros que imprimen.

Además, a pesar de las prohibiciones, el aislamiento de las comunidades judías no sería, como con frecuencia se ha sostenido, consecuencia de la incompatibilidad racial, sino resultado de la hostilidad que provocan en otros y de la propia respecto a esos otros. La raíz de todo ello habría que buscarla y encontrarla en la religión: el aislamiento es la consecuencia de una compleja constelación de creencias y de costumbres, de rasgos heredados de las más diversas fuentes y hasta de los hábitos culinarios.

En un clásico capítulo de su *Mediterráneo*, titulado “Para comprender a España”, somete a juicio la cuestión de la expulsión de los judíos de la Península Ibérica en 1492. Braudel no puede ser más claro a este respecto:

“me niego a considerar a España como culpable del asesinato de Israel. ¿Es que ha habido alguna vez en el pasado una civilización que haya sacrificado su propia existencia en beneficio de otra? Jamás, e incluyo tanto la hebrea como la islámica”<sup>22</sup>.

Una pretendida “lógica de la historia” (o de las civilizaciones), contra la que es imposible luchar, es la que justifica, y declara inocente a España –eso es lo que nos da a entender Braudel– en el “proceso” historiográfico iniciado a raíz de la expulsión de los judíos. Sin embargo, nos dice más tarde Braudel:

“Mi afirmación es desapasionada, pues comparto los sentimientos de mi época y mis simpatías están con los que sufren violencia sobre su libertad, sus

<sup>21</sup> *Op. cit.*, II, p. 203.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, II, p. 228.

personas, sus pertenencias o sus convicciones. En el caso de España, estoy, naturalmente, del lado de los judíos, de los conversos, de los protestantes, de los alumbrados, de los moriscos”<sup>23</sup>

Pero estos sentimientos, de los que Braudel confiesa no poder liberarse, no tendrían nada que ver con el verdadero problema:

“Hablar de la España del siglo XVI como de un país totalitario o racista, me parece muy poco razonable. Ciertamente, las escenas que se nos presentan son tristes, pero también Francia, Alemania, Inglaterra o Venecia nos ofrecen por entonces espectáculos semejantes”<sup>24</sup>.

De todos los factores que podrían ser considerados, la situación económica tendría su buena parte de responsabilidad:

“Cuando los Reyes Católicos expulsan a los judíos, en 1492, no actúan impulsados por móviles individuales (...) sino que su acto está estimulado por el deplorable ambiente económico y la resistencia que ciertas heridas ofrecen al proceso de cicatrización”<sup>25</sup>.

Las civilizaciones, como las economías, tendrían sus coyunturas a largo término:

“son propensas a los movimientos de masas, como si el peso de la historia les empujase a deslizarse por secretas pendientes, declives por los que se desciende de un modo tan particularmente gradual que nadie toma conciencia de ese movimiento y a nadie se puede considerar responsable”<sup>26</sup>.

Vuelve Braudel a ser seducido por las expresiones de Michel Foucault, autor de quien en varias ocasiones se siente deudor: “Es también destino de las civilizaciones *aligerarse* a sí mismas, operar sobre sí mismas y, conforme avanzan, ir dejando detrás parte de sus herencias y de sus bagajes”<sup>27</sup>.

Continuamente, toda civilización heredaría de su propio pasado y elegiría entre los bienes que los padres dejan a los hijos. Y deberá irse deshaciendo de algunos. Sin embargo, en este sentido, Braudel escribe:

“no ha habido nunca una civilización que se haya visto obligada a infligirse a sí misma tantos cambios, a dejar tantas cosas por el camino, como la civilización ibérica en la época de su esplendor, es decir en el período que va de los Reyes Católicos a Felipe II”<sup>28</sup>.

La *civilización ibérica* se trataría de una variedad particular de la civilización occidental, una avanzadilla o promontorio suyo que antaño había estado, durante

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 229.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> F. Braudel, *El Mediterráneo...*, *op. cit.*, II, p. 229. Al hablar de las civilizaciones que se aligeran a sí mismas, Braudel parafrasea a M. Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, México, 1976 (París, 1961), p. 10.

<sup>28</sup> *Ibid.*

cierto tiempo, casi enteramente cubierto por aguas extrañas. Durante el siglo XVI, la Península, para volver a ser Europa, se habría tenido que convertir en Cristiandad militante; y para ello, ha debido comenzar por quitarse de encima esas dos religiones, la musulmana y la hebrea, que le están estorbando. Se niega a convertirse en africana, u oriental, recurriendo para ello a un proceso en cierto modo semejante a los procesos de descolonización que se dieron en África a partir de los años sesenta. La reconquista de España por Europa habría avanzado a la par de la reconquista española del suelo musulmán. Los grandes descubrimientos de más tarde harían el resto y colocarían a España en el centro del mundo moderno.

Y es que, según Braudel, con anterioridad a los nacionalismos, forjados por el siglo XIX,

“el único vínculo capaz de atar los pueblos era el del sentimiento de pertenencia a la misma creencia religiosa. Y lo dicho vale también para las civilizaciones. La masiva cohesión de la España del siglo XV es la de un pueblo que durante mucho tiempo se ha visto frente a otra civilización como más débil, menos brillante, menos rico y que, de repente, se ve libre. Y convertido ya en el más fuerte, no ha adquirido ni la certeza íntima de serlo ni los reflejos adecuados a ese estado. Continúa combatiendo”<sup>29</sup>.

El hecho de que la Inquisición haya causado tan pocas víctimas, según Braudel, habría que achacarlo a que este combate ocurre un poco en el vacío. Había en España demasiado miedo subconsciente y demasiada militancia como para que la heterodoxia pudiera encontrar un terreno lo más mínimamente abonado. En España no habrá lugar para el erasmismo, ni tampoco para el converso de corazón dudoso o para el protestante.

En esta perspectiva de conflictos entre civilizaciones, los argumentos de León Poliakov no llegan a satisfacer demasiado a Braudel. Él “habría visto solamente uno de los dos aspectos de la tragedia, las quejas de Israel, sin tener en cuenta las de España, las cuales no eran de ningún modo ilusorias, falaces o diabólicas”<sup>30</sup>. Habría una España cristiana esforzándose en realizarse. Y además, todas las sociedades de Occidente levantarán sus correspondientes barreras durante el siglo XVII, y sacralizarán los privilegios sociales, sin poder invocar, a cambio, las razones que aducía España.

Concluye Braudel:

“Aceptemos más bien que toda civilización se encamina a su destino, tanto si quiere como si no. Si el tren inmóvil en la estación en que me encuentro se pone en marcha, el vecino del tren de al lado tiene la impresión de que éste se mueve en dirección contraria. Y recíprocamente, los trenes de las civilizaciones cruzan sus destinos: ¿se comprenden entre sí? No estoy seguro de que lo logren”<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> *Op. cit.*, II, p. 230.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, II, p. 231.

<sup>31</sup> *Ibid.*

En el siglo XVI, España iría de camino hacia una unidad política que, dada la época, sólo podría ser concebida como una unidad religiosa. Israel, por su parte, se encaminaría hacia el destino de la diáspora, destino unitario que tiene el mundo entero como escenario.

Ante esta perspectiva braudeliana, la acción política tiene poco que hacer. Todo, absolutamente todo, está decidido de antemano. No se puede luchar contra el estado de las cosas, aunque éstas sean tremendamente injustas. Todo tiene su explicación en la perspectiva de la larga duración: y es que son cosas que nos vienen de muy lejos. No hay esperanza de cambio. Por eso, en el fondo, el hombre es inocente: sólo se limita a sufrir el peso de la historia.

### 1.3. La apología del colonialismo

Uno de los aspectos más controvertidos de la obra de Fernand Braudel es la defensa, matizada, pero defensa al fin y al cabo, del colonialismo, y su justificación en función de la teórica obligación por parte una civilización ya estructurada (el Occidente europeo) de facilitar el acceso de otras civilizaciones a la modernidad.

Ya en el *Mediterráneo* se podía leer:

“en 1920 y 1921, esta vez en el sur argelino, las autoridades francesas vieron obligadas –o tuvieron, por lo menos, el *buen acuerdo* de hacerlo– a agrupar en campos a la gran tribu de los larba, que se moría de hambre y había perdido dos terceras partes de sus ganados. *No es difícil imaginarse lo que esta gente hubiera sido capaz de hacer para librarse del hambre.* Y lo mismo en 1927 en el Nedj, esa especie de acumulador automático de los pueblos nómadas de Arabia (...): las fuerzas amotinadas y ociosas del desierto amenazaban con explotar; «sin el control de la policía inglesa –escribe Alfred Hettner–, se reanudan las invasiones árabes»<sup>32</sup>.

Sin embargo es en *Las civilizaciones actuales*, el manual de historia de la mayor parte de los estudiantes de bachillerato franceses de los años 60 y parte de los 70, en donde Braudel deja las sutilidades aparcadas para exponer de modo claro que la colonización, en todo caso, no ha sido un gran fracaso, sino un bien necesario.

En el caso del Islam, tan vinculado a Francia (Argelia fue colonia francesa hasta 1962, entre otros países islámicos muy relacionados con Francia) Braudel piensa que

“no se puede negar, si se tiene buena fe, que los países colonizadores han aportado mucho a los países colonizados. Países muy arcaicos cuya vida no había cambiado desde hacía siglos, han sido bruscamente asociados a civilizaciones muy evolucionadas, lo que les ha valido ciertas mejoras. En primer lugar, una medicina y una higiene modernas, que han disminuido en enorme proporción la mortalidad; una enseñanza, más o menos importante, según los casos (sobre este punto, poco se le puede reprochar a la colonización francesa);

<sup>32</sup> F. Braudel, *El Mediterráneo...*, op. cit., I, pp. 235-236. El subrayado es nuestro.

numerosas instalaciones materiales: puertos, carreteras, ferrocarriles; una organización agrícola moderna, con, en muchos casos, presas para la irrigación; a veces, un inteligente esbozo de la industrialización”<sup>33</sup>.

En este sentido, además, Francia habría llevado a cabo una colonización más respetuosa que las demás naciones occidentales:

“se constatará que los países asociados a Francia en tiempos pasados o en la actualidad (Líbano, Siria, Marruecos, Argelia, Túnez) ocupan casi los mejores puestos. Claro está que el mérito no corresponde a la colonización francesa en sí, aunque ésta, en el pasado, haya tenido sus méritos, fundamentalmente, a nuestro entender, en la formación de una cierta clase de intelectuales y de técnicos, en una asociación más íntima que en otras partes entre las civilizaciones y los hombres en presencia”<sup>34</sup>.

Pero la situación de inferioridad económica es real. ¿Es culpable Occidente? A juicio de Braudel,

“las antiguas metrópolis sólo son responsables en parte de esta dependencia económica. Esta inferioridad obedece a otras muchas razones particulares, al pasado del Islam, a su pobreza natural, a su demografía exuberante. Se trata de enfermedades terribles aunque no incurables”<sup>35</sup>.

De modo que las responsabilidades europeas, a juicio de Braudel, deben de ser matizadas.

Para superar esta situación, y no contento con el evidente fracaso de la colonización europea en Africa, Braudel propone la adopción de una serie de medidas por parte de los dirigentes de las nuevas naciones independientes africanas, de modo que el Braudel historiador pasa a convertirse en un Braudel sabio, consejero de príncipes, apóstol de la modernización. Sería necesario, ante todo, mejorar la agricultura, crear unas empresas industriales, reglamentar el problema de las inversiones, crear un mercado, educar y formar a la mano de obra, formar cuadros, etc.

“El problema no es, en efecto, convencer al Islam de que la solución occidental es en sí superior o preferible a otra. Tampoco consiste en ampliar los créditos. Se trata, en pocas palabras, de ofrecer a los países subdesarrollados un modelo válido de planificación *que les pueda ser adaptado* y les abra las puertas de la esperanza y del porvenir”<sup>36</sup>.

Detrás de todo este posicionamiento político, no hay más que un miedo, que Braudel no se preocupa en ocultar: “De no ser así, lo más probable es que estos

<sup>33</sup> F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, op. cit., p. 94.

<sup>34</sup> *Op. cit.*, p. 97. De ahí que también diga: “Francia está amargada porque considera que ha hecho mucho por el Islam (lo cual es totalmente evidente)” (*op. cit.*, p. 93) o que “Argelia [debe su éxito] a las inversiones francesas e internacionales (importantes realizaciones agrícolas, embalses, carreteras, escuelas, servicios médicos, realizaciones petrolíferas del Sacara, emigración de trabajadores hacia Francia)” (*op. cit.*, p. 98).

<sup>35</sup> *Op. cit.*, p. 93.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, p. 100. El subrayado es nuestro.

países se vuelvan hacia una evolución marxista que es considerada como natural en todos los países subdesarrollados”<sup>37</sup>.

En el caso de África, la defensa del colonialismo se retrasa, pues, aunque de modo no estable, la presencia europea es importante desde el siglo XVI. Respecto al fenómeno de la trata, Braudel se pregunta si “esas enormes punciones, ¿han destruido, o no, el equilibrio de las sociedades negras de Angola, el Congo, y de las regiones del borde del golfo de Guinea?”<sup>38</sup> Para responder a esto, Braudel cree que sería necesario conocer la cifra de la población cuando los primeros encuentros con Europa. Pero Braudel asegura que estos récords “sólo han sido posibles, en último análisis, en razón de una vitalidad biológica evidente del Continente Negro. Y si la población aumentó pese a la trata, como es posible, habría que revisar todos los datos del problema”<sup>39</sup>.

Con estas palabras, ¿no trata de atenuar las culpas o las responsabilidades de Europa frente a las poblaciones africanas? El propio Braudel nos responde a esta pregunta, argumentando que desde el principio,

“habría insistido en los presentes que, lo quisiera o no, Europa aportó a África: el maíz, la mandioca, las judías americanas, la patata dulce, la piña, la guayaba, el cocotero, los frutos agrios, el tabaco, la viña, y, entre los animales domésticos, el gato, el pato de Berbería, el pavo, la oca, la paloma, etc. Sin olvidar la penetración del cristianismo, recibido a menudo como el medio de adquirir la fuerza misma del Dios de los blancos. ¿Y por qué no afirmar más aún: son hoy poca cosa las Américas negras? Existen”<sup>40</sup>.

No se puede ser más claro a este respecto.

Refiriéndose ya a la época contemporánea, no trata Braudel, nos dice, de hacer el proceso, y menos aún el elogio, de la colonización europea de África, sino simplemente de señalar que esta colonización tiene, como casi todos los fenómenos que resultan de los choques entre civilizaciones, un activo y un pasivo culturales:

“Admitir que el choque de la colonización ha resultado muchas veces decisivo y, en último término, beneficioso para las estructuras sociales, económicas y culturales de los pueblos negros colonizados, no equivale a tomar el partido de la colonización, de sus horrores, de sus atrocidades o de sus innegables bufonadas (compras de amplios territorios a cambio de algunos rollos de tela o un poco de alcohol)”<sup>41</sup>.

Lo cual nos parece, evidentemente, muy discutible.

¿A qué se refiere Braudel con eso de los activos y de los pasivos culturales? Al hablar de un cierto haber activo de la colonización, no sólo piensa en los bienes puramente materiales, carreteras, ferrocarriles, puertos, embalses, puestas en

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> F. Braudel, *Civilización material...*, *op. cit.*, III, p. 369.

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, *op. cit.*, p. 127.

marcha de explotaciones del suelo y del subsuelo, que los colonizadores han instalado con fines altamente interesados. Se refiere más bien a la enseñanza, un cierto nivel de la técnica, de la higiene, de la medicina, de la administración pública, es decir,

“los mejores bienes legados por los colonizadores, la contrapartida positiva de las destrucciones realizadas por el contacto europeo en las viejas costumbres tribales, familiares y sociales, sobre las que reposan toda la organización y toda la cultura”<sup>42</sup>.

En este sentido, nunca se podrá decir hasta qué punto han actuado las consecuencias y la novedad del trabajo asalariado, de la economía monetaria, de la escritura, de la propiedad inmobiliaria individual. “Sin duda, se trata de nuevos golpes contra el viejo régimen social. Pero *estos golpes son necesarios* para la evolución que está en curso”<sup>43</sup>.

Curiosamente, más que la destrucción de las estructuras tradicionales de las culturas africanas, Braudel cree que la peor consecuencia de la colonización europea fue recortar a África en una serie de territorios, franceses, ingleses, alemanes, belgas o portugueses, cuyas divisiones se perpetúan hoy en una serie de Estados independientes, demasiado numerosos:

“El principal reproche que se puede hacer a las divisiones nacionales de hoy día es, sin duda, el no haber sido trazadas obedeciendo a estas diversidades culturales. Pero esto *no era posible* hace más de un siglo”<sup>44</sup>.

De manera que incluso aquí nos encontramos ante una crítica matizada.

¿Que beneficio le reportó esta explotación sistemática del mundo a Europa? ¿Es la causa de su posición privilegiada? Braudel contesta a nuestras cuestiones: “No se puede ni omitir ni exagerar la función motor del colonialismo. No fue él el que colocó a Europa en el primer lugar del mundo, pero quizá fuera el que la mantuvo allí”<sup>45</sup>. Indudablemente, esta expansión habría favorecido a Europa. Ha puesto a su disposición nuevos espacios donde enviar a sus excedentes de hombre y ha puesto al alcance de su mano a civilizaciones ricas susceptibles de ser explotadas y las que, de hecho, ha explotado. Sin embargo, una vez más,

“las responsabilidades y las culpabilidades están divididas. El colonialismo de ayer ha tenido, por ambos lados, sus aspectos positivos y negativos. Lo único seguro es que la historia de un cierto colonialismo es ya cosa del pasado, una página a la que se ha dado la vuelta”<sup>46</sup>.

Pero no se limita Braudel a la justificación histórica del colonialismo, sino que, en cierta medida, persevera en su utilidad. América Latina, por ejemplo, sería víc-

<sup>42</sup> *Ibid.*

<sup>43</sup> *Op. cit.*, p. 128. El subrayado es nuestro.

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> *Op. cit.*, p. 330.

<sup>46</sup> *Ibid.*

tima de su enorme crecimiento biológico, del carácter arcaico de sus estructuras, de la insuficiencia de sus cuadros, de la toma de conciencia de su inferioridad material:

“¿Puede la vieja Europa socorrerla de algún modo? (...) Francia no puede, por sus únicos medios, aportar una ayuda decisiva a un continente enorme. Tendría que unirse toda Europa, desde España a Italia, a Alemania y a Inglaterra, para llevar a buen término esta tarea, la más importante de todas, a los ojos de un occidental consciente de sus responsabilidades”<sup>47</sup>.

Esta actitud, tan loable en principio, ¿es realmente honesta? Aplicando la dialéctica presente/pasado de Braudel, o su convicción del carácter estructural de la explotación del mundo por parte de algunas civilizaciones, ¿es posible creer todavía en la solidaridad desinteresada por parte de Occidente? Las nefastas consecuencias de la ayuda económica a América Latina, causante de su galopante deuda externa y de la adopción de soluciones políticas de corte dictatorial desautorizan las buenas intenciones que Braudel veía todavía, ingenuamente, en las naciones europeas a principios de los años sesenta.

El problema de esta defensa confesada del colonialismo es que tira por la borda todas las precauciones que Braudel había tomado para no caer en un discurso eurocéntrico. Gran cantidad de citas nos muestran a un Braudel preocupado por este problema: “es lamentable que no podamos tener una justa apreciación del mundo, por no disponer más que de imágenes europeas”<sup>48</sup>. De hecho, reconoce que su decisión de “mundializar” su obra le ha llevado a tareas para las que, como historiador de Occidente, estaba, por lo menos, mal preparado. En este sentido, no duda en reconocer que:

“hay, en efecto, una desigualdad «historiográfica»<sup>49</sup> entre Europa y el resto del mundo. Al haber inventado el oficio de historiador, Europa se ha beneficiado. Aquí todo está aclarado, listo para testimoniar, para reivindicar. La historia de lo que no es Europa está apenas haciéndose. Y mientras no se restablezca el equilibrio de los conocimientos y de las interpretaciones, el historiador titubeará al resolver el nudo gordiano de la historia del mundo, entiéndase la génesis de la superioridad de Europa”<sup>50</sup>.

Y cuando se refiere al préstamo entre civilizaciones, también coloca a Occidente en una postura participativa:

<sup>47</sup> *Op. cit.*, pp. 393-394.

<sup>48</sup> F. Braudel, *Civilización material...*, *op. cit.*, I, p. 235.

<sup>49</sup> Esta desigualdad historiográfica es también criticada por Braudel en otras ocasiones: “Hasta ahora sólo hemos hablado de (...) [Europa]. Y no es porque queramos centrarlo todo en su vida particular, siguiendo una visión eurocentrista demasiado cómoda, sino simplemente porque el oficio de historiador se ha desarrollado en Europa y los historiadores se han aferrado a su propio pasado. Desde hace algunos decenios, se ha producido un profundo cambio; las fuentes documentales en la India, en Japón y en Turquía son explotadas sistemáticamente, y empezamos a conocer la historia de estos países por otra vía, que ya no es la de las crónicas de los viajeros o la de los libros de los historiadores europeos”, F. Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1985 (París, 1985), p. 35. Y citas parecidas en *El Mediterráneo...*, *op. cit.*, II, pp. 25 y 97.

<sup>50</sup> F. Braudel, *Civilización material...*, *op. cit.*, II, pp. 104-105.

“aceptar la realidad de estos préstamos es renunciar al Occidente de los historiadores tradicionales, inventándose él mismo total y genialmente, comprometiéndose sólo progresivamente sobre las vías de la racionalidad técnica y científica”<sup>51</sup>.

Pero, en último caso, ¿cuál es la explicación de la superioridad occidental? Braudel no duda: el esfuerzo propio.

“Creo que se tiene tendencia a pensar que Europa, explotadora del mundo de los países pobres, de los países menos desarrollados, alcanzó una posición de privilegio, que vivió de esos privilegios, de esas ventajas de las que alcanzó su grandeza. No digo que en términos generales esta explicación no sea justa. Pero hay que matizarla. La expansión europea comenzó con las cruzadas, continuó luego con los grandes descubrimientos y no llegó a una explotación regular y masiva de un momento a otro (...). La revolución industrial es el producto de una transformación múltiple y tardía de la economía, de la técnica, de la sociedad y también de una agricultura cada vez más científica y eficaz, progreso primordial que muchos países del Tercer Mundo tardan en realizar aún hoy, pues ese progreso reposa en el esfuerzo y el saber acumulado de generaciones de campesinos. Lo cual quiere decir, en conclusión, que Europa y Francia tuvieron que extraer de sí mismas su lento progreso. La moral gana un poco con esta rectificación. Aquí hubo triunfo obtenido por el *esfuerzo propio*”<sup>52</sup>.

Desde esta perspectiva, ¿es la falta de ese esfuerzo la causa del tremendo desequilibrio material, económico, del mundo respecto a Europa?

## 2. *El recubrimiento en terreno propio*

Para finalizar, introducimos el tema de la inmigración contemporánea en Francia porque se trata también de un fenómeno de choque de civilizaciones, pero con la característica peculiar de que afecta directamente a la existencia cotidiana de Braudel. Llama la atención que un historiador que valora tan positivamente este movimiento de hombres, estos intercambios, adopte ahora una posición tan conservadora.

En principio, Braudel adopta una posición de tolerancia. Él mismo nos dice que la tolerancia

“es necesaria para mirar con lucidez la inmigración masiva, proletaria, de que hoy somos el punto de destino. Mirar con lucidez y tratar de comprender por qué esta vez esa inmigración plantea problemas siendo así que desde hace muchas generaciones Francia acogió y absorbió diversas oleadas de inmigrantes. Con ellas se enriqueció material y culturalmente”<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> *Op. cit.*, II, p.486.

<sup>52</sup> F. Braudel, *La Identidad de Francia*, Barcelona, Gedisa, 1993 (Paris, 1986), II, p. 179. El subrayado es nuestro.

<sup>53</sup> *Op. cit.*, II, p. 201.

De hecho, continúa Braudel:

“esos inmigrantes recibidos de corazón se confundieron pronto en las tareas y los repliegues de nuestra civilización; su origen ya no los distingue de la masa francesa. Y esos franceses de adopción aseguraron con frecuencia nuestros triunfos más notables. Si nos son queridos no lo son sólo porque, siendo hombres ilustres, nos honran, sino también porque al aceptar ser de los nuestros, franceses como los más brillantes de nuestros compatriotas, han aportado un matiz más a nuestra compleja cultura”<sup>54</sup>.

Es decir, Braudel es tolerante en lo referido a la inmigración, pero se refiere a la inmigración de calidad. Pero lo que cuenta estadísticamente son las llegadas masivas, evidentemente. Cuando Braudel se pregunta si debemos hoy, cuando la marea económica refluye, acusar a esa mano de obra por pesar en la economía francesa, o reprocharle que tome su parte de las indemnizaciones por desempleo, o de contribuir excesivamente, a causa de su elevada tasa de natalidad, a aumentar el déficit de las obras de seguridad social, simplemente nos contesta:

“esas acusaciones son probablemente excesivas, pero aunque fueran exactas *el problema no debe plantearse*. Los inmigrantes establecidos entre nosotros desde hace mucho tiempo contribuyeron al crecimiento francés, a que una parte de nuestro proletariado se elevara a la burguesía, a aumentar el nivel de vida general. Si todos nosotros debiéramos pagarlo hoy, de una manera u otra, aun al precio de una ligera disminución de nuestro poder adquisitivo, eso no sería más que simplemente hacer justicia”<sup>55</sup>.

El problema del racismo referido a esta inmigración derivaría, según Braudel, de la *alteridad*, es decir, de la sensación de la presencia extraña del otro que niega nuestro propio yo, nuestra identidad, hasta el punto de que esa diferencia, real o imaginaria, suscite en ambas partes un malestar, desdén, miedo u odio.

“¿Estaremos obligados para ser nosotros mismos a oponernos a los demás? El nacionalismo dividió a Europa, la enardeció y la hizo volver salvaje. Nosotros los franceses hemos odiado a los españoles, a los ingleses, a los alemanes (...) y esos señores nos han devuelto con creces tales sentimientos”<sup>56</sup>.

Es decir, Braudel comprueba el carácter estructural y de larga duración del racismo, pero al hacerlo termina por justificarlo. Forma parte de la lógica de la historia. Siempre ha existido y todos los pueblos lo han practicado. Y es muy fácil caer en él, porque uno termina por identificarse completamente con el espíritu de su época. Así,

“cada época arrastra sus inmundicias, sus imbecilidades, sus contraverdades que los contemporáneos comparten sin siquiera darse cuenta siempre de

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> *Op. cit.*, II, p. 206.

<sup>56</sup> *Op. cit.*, II, p. 207.

ello (...). Uno no vive en esta o en aquella época sin sufrir alguna influencia de ella, aun cuando uno sea Marx, que el racismo, si bien no domina su pensamiento, lo roza por cierto. Marx no vivió impunemente en Londres, en el centro imperioso del mundo”<sup>57</sup>.

Por este motivo, reconoce que el racismo también se oculta profundamente en Francia.

## 2.1. La inmigración magrebí en Francia

Los obstáculos que separan a magrebíes y franceses serían serios: desconfianza recíproca, temores, prejuicios raciales, pero también diferencias profundas de creencias y costumbres; aquí habría yuxtaposición o confrontación de culturas y no mezcla.

“¿Es Francia la única culpable? Como siempre, las culpas están compartidas. Por ejemplo, esos magrebíes que el azar ha hecho vivir mucho tiempo en Francia y que adquirieron aquí algunos hábitos, ¿no son mal recibidos en su país cuando regresan a él de manera transitoria o definitiva?”<sup>58</sup>.

¿Es esto una disculpa razonable?, nos preguntamos nosotros.

En el coloquio de Chateauvallon, poco antes de su muerte, se le preguntó a Braudel si la presencia de inmigrados en Francia era un enriquecimiento o una amenaza. Contestó:

“estoy en favor de la inmigración. Francia está hecha de inmigraciones, corporales y culturales. El brillo de Francia no puede pensarse sino a través de su apertura al mundo y particularmente a Europa. La grandeza intelectual de Francia es una grandeza europea”<sup>59</sup>.

Braudel evitaba de esta manera, por un momento, la verdadera cuestión, que no era otra que la cuestión argelina. Cuando por fin tuvo que definirse, dijo:

“no quisiera que hubiera «beurs» —es decir, argelinos nacidos en Francia— que no quieren hacer su servicio militar exigiendo al mismo tiempo todos los derechos de los ciudadanos franceses, pues es una manera muy particular de integrarse. Eso me irrita soberbiamente. Que haya musulmanes instalados en Francia, de acuerdo, pero no tolero a los integristas. Comprendedme, temo que ciertos inmigrados instalados en Francia necesiten para asimilarse, cincuenta, sesenta, casi cien años”<sup>60</sup>.

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> *Op. cit.*, II, pp. 214-215.

<sup>59</sup> VV.AA., *Una lección de historia de Fernand Braudel*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (París, 1986), pp. 206-207.

<sup>60</sup> *Op. cit.*, p. 208.

Demasiados peros, demasiados matices. Cuando A. Du Roy le preguntó si la asimilación era para ellos la negación de su cultura, Braudel contestó, con su ambigüedad habitual:

“sí y no. No es su cultura, es su civilización, su profundidad, es decir su religión y el derecho civil fundado en esa religión y que podría oponerse al derecho civil francés. Lo que temo, es que bruscamente haya guerras de religión entre nosotros, de las cuales no tenemos necesidad”<sup>61</sup>.

Sinceramente, ¿era razonable plantearse una guerra de religión a la antigua usanza, en Francia, en 1985?

Para concluir, en un plano más general, podemos afirmar que el concepto de civilización, a pesar de sus crisis a lo largo de todo el siglo XX, a pesar de sus sucesivas *remises en question*, sigue estando ahí, en una posición de fortaleza, presto a ser utilizado por los intelectuales, por los historiadores, por los científicos sociales de todos los signos, cargado de los mismos elementos irracionales y justificado por los mismos motivos que allá por 1756, cuando el marqués de Mirabeau inventó el neologismo, hicieron útil su empleo<sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> *Ibid.*

<sup>62</sup> Cf. Juan R. Goberna Falque, *Civilización...*, *op. cit.*, pp. 30-34.